Principio del formulario

Los inesperados, de Francisco Véjar

Por Benjamín Prado

El primer viaje largo que hice a Latinoamérica fue decisivo, agotador y sorprendente. Decisivo porque desde entonces sé que a diez horas de avión sigue estando mi casa; agotador porque estuve en diez países y unas veinte de ciudades a lo largo de un mes, sin parar de hacer entrevistas, presentaciones y algo de turismo; y sorprendente porque me llamó la atención que en la mayoría de los lugares a los que iba, los jóvenes escritores parecían escribir contra alguien, para no parecerse al autor o autores que parecían resumir y agotar la literatura nacional de cara al extranjero: en Argentina, escribían contra Borges o Cortázar; en Chile contra Neruda; en México contra Octavio Paz; en Colombia contra García Márquez; en Uruguay contra Benedetti y, en menor medida, contra Onetti; en Perú contra Vargas Llosa; y así sucesivamente. Por suerte, estoy hablando de algo que pasó hace veinte años pero ya no ocurre, y no hace falta más que ver cómo ha subido el nivel entre los poetas y narradores de América para certificarlo. Los libros arden mal, efectivamente, y además no iluminan a quien los quema, porque la literatura es novedad, cambio y descubrimiento, pero también admiración y homenaje. Una prueba magnífica de ello es el libro *Los Inesperados*,de Francisco Véjar.

Leer esta serie de retratos en los que el aún joven poeta de Viña del Mar nos enseña por fuera y por dentro a Nicanor Parra, Jorge Teillier, Pedro Lastra, Efraín Barquero y así hasta catorce personajes relevantes de la cultura chilena, gusta y emociona; lo primero, por su prosa exquisita, una mano de poeta que le sirve, por ejemplo, para definir a Jorge Teillier como alguien “entre un lord inglés y un boxeador contra las cuerdas”, y su buen ojo para dosificar las anécdotas y elegir entre las muchas que debieron de provocar sus encuentros con los protagonistas del libro sólo aquellas que pudieran ser inolvidables; y lo segundo, porque si hay en todo el diccionario una palabra que resuma mejor que ninguna otra *Los inesperados*, esa palabra es el sustantivo *respeto*. De hecho, tal vez el mismo título sea un homenaje a Enrique Lafourcade.

La segunda palabra en la lista es *emoción*, porque la hay en una gran parte de este libro lleno, entre otras muchas cosas, de intelectuales que sobrevivieron a la dictadura de Pinochet como se explica que lo hicieron los españoles a la de Franco en aquellos dos versos aterradores y memorables de Ángel González: “quien no pudo morir / continuó andando.” En el relato de Francisco Véjar vemos cómo sus compatriotas pasaban del miedo a la decepción mientras su país iba de la sangre al olvido y, ya de regreso a la democracia, “las promesas políticas se convertían en hojarasca.” Así, autores como Enrique Volpe o Claudio Giaconi se entregaron a la excentricidad, al alcohol y a la locura, uno escribiendo siempre con una pistola sobre la mesa y el otro queriendo cabalgar desnudo y sobre un caballo blanco por el centro de Nueva York; otros descuidaron sus enfermedades con desidia suicida, como Rolando Cárdenas o el extraordinario Jorge Teillier, que acabó en un manicomio, con cirrosis y la cabeza como partida en dos, una mitad para las alucinaciones, que le hacían estar seguro de haber visto un ovni en Lautaro, y la otra para construir y dejar por cualquier lugar versos geniales, que Francisco Véjar encontraba en un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas* -“nieva / y todos en la ciudad / quisieran cambiar de nombre”-, o en los márgenes de un periódico: “si el mismo camino que sube / es el que baja / lo mejor es mirarlo desde esta ventana.” Los paralelos con la Generación del 50 en España son evidentes: también allí se dejaron caer por los bares al infierno Claudio Rodríguez, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, Carlos Barral o el propio Ángel González. Y también hubo en las dos orillas quienes nunca acabaron la gran novela que siempre prometieron, como Carlos Olivárez, y que juraban tener casi terminada no se sabe si para engañar a los demás o para mentirse a sí mismos.

*Los inesperados* deja en los ojos el sabor de boca de los buenos libros. Sus ingredientes son el amor a la literatura, la celebración del talento y la piedad hacia las debilidades y los padecimientos de los seres humanos, esos extraños individuos capaces de encerrar toda la luz o toda la oscuridad del mundo en una gota de tinta.